

interpretación histórica, un primoroso hallazgo de filólogo, un ensayo político o humanista en una notícula fresca llena de comprensión y hasta de ironía, la investigación despiadada de los eruditos.

Un poeta y un humanista. Por nuestra América volcánica e informe aun, donde el odio y la incompreensión proliferan como las lianas de un paisaje virgen, el pasea su mensaje de buen sembrador: lleva consigo esa Atenea política de los ojos claros que evocara recientemente en una admirable lección a los estudiantes de Río Janeiro. En esta América instintiva que según la palabra de Keyserling vive la agitación oscura del tercer día bíblico, su lección y sus viajes nos recuerdan esos viajes y esas lecciones de Erasmo a través de la convulsionada Europa del siglo XVI. Ojalá que como la Europa de entonces nuestra América esté en la aurora de un renacimiento; y lo que ahora se agita hecho tumulto y pasión, en el subconsciente colectivo ascienda por la palabra y la enseñanza de estos hombres, al plano de la cultura y de la conciencia histórica.

Erasmo, Baltazar de Castiglione, son viejos nombres que se asocian a este humanista de hoy que escribe y piensa en la más limpia prosa española. Del uno tiene el culto de la inteligencia, el análisis, la tolerancia, la comprensión y el diálogo sutil; del gracioso italiano aquel esmero de la forma, aquel don de cortesía sin los cuales serían intolerables e inhumanas las más altas inteligencias. Es esta sal de la cortesía, este «Espíritu de fineza» según la palabra pascaliana lo que hace llegar a la sociedad de los hombres y convierte en política, en acción, en el acorde misterioso de la cultura, los pensamientos del solitario.

Inteligencia, cortesía: en estas tierras nuestras dichos dones parecen por lo escaso, las más altas virtudes cardinales. Ahora aprenderemos el secreto para ascender hasta ellas en las palabras de Alfonso Reyes.—M A R I A N O P I C Ó N S A L A S.

LA ACTUAL LITERATURA RUSA.—DEL FUTURISMO AL NEO-REALISMO

II

SI examinamos de nuevo las colecciones de obras de los escritores rusos de los primeros años de revolución, junto con las de los escritores que siguen a la *NEP* (Nueva política económi-

ca)—y aunque incompletas estas colecciones dan, sin embargo, líneas e ideas generales suficientes—se nos ocurrirá pensar que el adjetivo «milagrosas» aplicado por Leznev a las transformaciones sufridas por la literatura en estos últimos años, no es actualmente exagerado en boca de un crítico soviético, celoso por la suerte de la misma literatura en sus relaciones con la revolución. La diferencia es en verdad enorme: son dos períodos netamente distintos: el primero, de carácter negativo, corresponde a la era revolucionaria propiamente dicha, a la época de destrucción despiadada del pasado; el otro positivo, en el cual, con esfuerzos inauditos de independencia, bien que inevitablemente sobre los restos de aquel pasado, se reconstruye o se trata de reconstruir. Al estallar la revolución el futurismo obtuvo la victoria como literatura revolucionaria. Mas, en realidad, no pocas y pequeñas debieron ser sus adaptaciones para asumir el carácter oficial de arte revolucionario obrero, puesto que en el fondo era en su origen un arte de pequeña aristocracia. Gran superioridad tuvo el futurismo en los primeros tiempos porque habituado a las discusiones en público, a la propaganda directa y violenta, no hubo de sufrir las privaciones a que se halló sujeta la literatura, diremos así, clásica o burguesa, que había perdido poco a poco todos sus órganos (las revistas y las casas editoras). Además, también el futurismo ruso estaba representado preferentemente por poetas y esto constituía, por otra parte, una ventaja. El nombre del director de este movimiento, Mayakovski, cuya mejor actividad corresponde a los primeros años de la guerra, era ahora conocidísimo también en el exterior, pero como jefe de un movimiento deslindante porque, al faltarle el primitivo apoyo del gobierno revolucionario, el futurismo fué superado y volvió a ser una corriente entre las otras.

Una órbita meteórica análoga a la del futurismo recorrió el *imaginismo*, de cuyas filas ha salido un verdadero gran poeta, Esenin, de fama europea indiscutiblemente más merecida que la de Mayakovski, y de quien se hubiera podido esperar muchísimo si él mismo, en un momento de desesperación no hubiera troncado su vida, muy joven aun.

Hijo, en parte, del futurismo, se puede considerar, de igual modo, al más reciente *constructivismo*, también de segura procedencia occidental, y cuyos representantes, Selvinsky, Vera Inber y Bagricki, no reniegan como aquél del pasado sino tratan de aprovechar sus enseñanzas.

Pero la verdadera literatura revolucionaria de los primeros años fué la que se denominó literatura proletaria, cuyo corifeo, Demian Biedny, tuvo grandísimo éxito con su servil poesía po-

lítica de propaganda. Mas, entre los jóvenes, acaso también inconscientemente, en su exaltación de las entidades abstractas como la Humanidad, el Trabajo, el Sol, etc., esta literatura se enlazaba con las últimas tentativas de la poesía simbolista que había reinado señorialmente en el primer quindenio del siglo y una vez, durante la revolución, había dado una muestra de verdadero y superior arte con la última creación de Blok. La literatura, o mejor la poesía proletaria, ha tenido algunos años de vida intensa e independiente, pero terminó por ser un organismo de la *Proletkult*, especie de universidad de la cultura obrera nacida precisamente, puede decirse, para recoger y definir a aquella como base de una «cultura proletaria».

Juntamente, mas diferenciándose de esta literatura, merecen recordarse los escritores de origen proletario, pero independientes en su desarrollo y actividad, como Gladkov, Liasko, Libedinsky y otros.

La razón de que, con la instauración de la *NEP*, se tornase posible una nueva vida literaria es una razón puramente económica. Con la nueva política económica también los literatos, en el sentido burgués de la palabra, volvieron a ser literatos, a escribir libros, a convertir la literatura en objeto de su actividad. De 1921 a 1923 ya observamos una reanudación de la actividad literaria que no se impone por los resultados, todavía imposibles, pero sí ciertamente por la importancia del esfuerzo y también por alguna manifestación precursora de ulterior desenvolvimiento. Aparecen grandes revistas, entre las principales: *Imprenta y revolución* (Pecat i revoliutzi); *La tierra roja virgen* (Krasnaia Nov); a las que poco más tarde (en 1924) se agrega *El contemporáneo ruso* (Ruski Sovremennik) de vida breve, con todo, a causa de su excesiva independencia política. El movimiento fundamental que se inicia en estos años es el de los denominados *Poputchiki* (o compañeros de camino), según el nombre que les dió Trotzki, es decir, grupo de los que, aun sin pertenecer al comunismo, sin embargo, no manifestaban hostilidad al nuevo régimen, del que aceptaban, por otra parte, los proyectos de actividad educativa y cultural. Este movimiento ha tenido considerable importancia, en primer término porque, formado en parte de antiguos intelectuales que permanecieron en Rusia, venía a crear un lazo de unión entre todo el mundo literario negado o destruído, del cual eran ellos indiscutiblemente un producto, y luego porque en contraste con el aluvión poético de los primeros años de revuelta devolvía su honor a la prosa, a la grande y magnífica prosa rusa. A enriquecer el grupo de los *poputchiki* vinieron los elementos del llamado grupo de «*Los hermanos de Serapión*», formado en 1921

en torno a un joven prematuramente desaparecido Luntz, bien apreciado en Italia, grupo compuesto de fuerzas diversísimas que tenían de común sólo el sentirse aislados, como el eremita *Serapión* de Hoffman, elegido patrono por ellos.

Muerto Luntz, Fedin, Zoschenko, Tikhonov, Nikitin, Vsevolod Ivanov, etc., se dispersaron y fueron a engrosar las filas de los *poputchiki* a las que se habían acercado, además, escritores procedentes del verdadero y propio comunismo, como Seifulina, pero cuyo núcleo estaba constituido por elementos educados en la gran escuela de la tradición: Pilniak, Looney, etc. La revista que congregó a los *poputchiki* fué *Tierra virgen roja*, a cuyo lado conquistaba siempre más favor *El mundo nuevo* (Novi Mir), con la cual la primera tiene hoy de común parte de los colaboradores.

Pero es inadmisibles que esta conquista de los «intelectuales» sobre la base de la renuncia a toda hostilidad política se haya logrado sin lucha. Con la *NEP* que trajo, como es notorio, un general relajamiento de los frenos, los grupos literarios brotaron como hongos, cada uno con sus teorías literarias propias, más o menos ligadas a las de la política; y comenzaron una lucha ardiente entre sí, lucha que caracterizó los primeros dos o tres años de la *NEP* y de la cual surgieron, si se considera a los *poputchiki* como núcleo, un centro derecha y un centro izquierda. El centro derecha estaba formado por escritores de la vieja generación que, a pesar de eso, habían roto con el pasado después de varias indecisiones, como Veresaiev, Erenburg y Alejo Tolstoi, ya estrechamente ligado al grupo de los escritores antirrevolucionarios de París, reunidos en torno a «*Los anales contemporáneos*» (Sovremenika Zapiski); al centro izquierda pertenecían los antiguos futuristas encabezados por Mayakovski, Asejev, Pasternak y otros, con su órgano propio, *Lef* (Izquierda). Pero los realmente «izquierdistas» fueron y son los del grupo de la *Kuznitsa* (La fragua) y los del grupo *Na postu* (En guardia), verdaderos y genuinos escritores provenientes de las filas proletarias, todos ellos designados por el nombre de su respectiva revista. Del primero de estos grupos partió el impulso del movimiento literario obrero que mantiene viva, con una serie de polémicas ardientes, la lucha contra los compromisos y las acomodaciones. El segundo ha tenido, sin embargo, mayor fortuna en sus enunciaciones teóricas: su principal mérito parece consistir en haber dado nueva vida al problema del desarrollo de la literatura que se consideraba resuelto con la creación de la *Proletkult*. Todas las discusiones suscitadas a propósito «de la influencia de la doctrina marxista en la literatura y en el desarrollo de ésta durante el período de transición entre el capitalismo y el

comunismo», terminaron por llamar la atención del comité central del partido comunista. La lucha empeñada entre los *poputchiki* y los *napostavtzi*, es decir, los del grupo En Guardia, motivó, en 1924, una conferencia en la oficina de publicaciones del Comité Central, y de ella salieron victoriosos, después de discusiones que en ciertos momentos llegaron a ser grotescas por la mezcolanza de conceptos artísticos y políticos, los partidarios de la coexistencia de la literatura proletaria (que debía apoyarse de cualquier modo y con todos los medios) hasta con la literatura no proletaria. Una proposición en el sentido de convertir el *Vapp* (Asociación de los escritores proletarios de la Unión) en el representante directo del gobierno, fué desechada por la comisión.

El triunfo de la prosa sobre la poesía fué desde entonces definitivo, puesto que, herederos más o menos directos de la gran tradición, los escritores «intelectuales» (a diferencia de los «proletarios») la consideraron instrumento mucho más idóneo para su actividad que la poesía, la cual, arrancada de la tradición, agotándose en sí misma, penosamente intentaba hallar formas reales de arte capaces de recibir el contenido de la nueva existencia, sin caer en la grosería o, en el mejor de los casos, en el «dilettantismo». Y, además, la literatura quería lectores, quería un público, quería vivir y no vegetar, y si bien la prosa de Pilniak (uno de los más característicos representantes de la nueva literatura), no era límpida y corriente como la de un Turguenef, con todo, era prosa y accesible a la mayoría; y aunque el contenido fuese más bien confuso, desordenado, era no obstante pintura de la realidad, y la descripción de esta realidad atrajo a los lectores, en los primeros años de este resurgimiento literario. Tanto más que cada uno habíala observado desde su ángulo, desde su rincón, y ella abarcaba toda la enorme Rusia, proletaria e intelectual, aldeana y noble, y en lugares muy diversos entre sí. Naturalmente ofrecía mayor interés al público de las ciudades la vida campesina, y esto explica el éxito de escritores y obras que pintaban con preferencia esta realidad: Pilniak, con su novela *El año desnudo*; Leonov, con *Impuestos*; la Seifulina, con *Humus, Virineja*; Vsovolod Ivanov y Nikitin con sus narraciones, etc. En Rusia, por otra parte, no todos participaron en las vicisitudes de la guerra civil y en la defensa contra los enemigos de la revolución, aun cuando habían sufrido sus consecuencias con padecimientos de toda suerte, lo cual explica el ansia con que fueron ávidamente solicitadas y leídas las obras de los escritores que se inspiraron, precisamente, en los acontecimiento de la guerra civil: Vsevolod Ivanov en *Partidarios*; Babel en su *Ejér-*

cito de caballería; Fedin en *Las ciudades y los años*; Fedaiev en *La derrota*; Pliniak en *Máquinas y lobos*, y, finalmente, Furmanov, muerto muy joven, que llegó a ser, en cierto modo, el cronista de la guerra civil en: *Chapaev* y *La Revuelta*, obras no desprovistas de intuición y de fuerza a pesar de la farragosa documentación anti-artística. Alcanzada una relativa estabilidad, la vida diaria, con todos sus problemas, volvió a ser asunto de literatura: el problema de los intelectuales que Leonov reflejara, en su momento más crítico, en las trágicas y asombrosas páginas de *El fin de un miserable*, halló expresión en una novela muy característica de un escritor de la guardia vieja, Veresaiev: *En un callejón sin salida*, donde, si los héroes «intelectuales» no están obligados a capitular frente a la realidad soviética, todavía se encuentran, como expresa el mismo título, en un camino cerrado. Evidentemente este problema de la situación de la clase intelectual pretérita podía cautivar a un escritor del pasado, pero a los jóvenes o nuevos escritores más interesaban ahora los problemas de la nueva existencia, ya sea en sus relaciones individuales, ya como problema de la colectividad: de este interés nacieron *El cemento* de Gladkov y *El ladrón* de Leonov, dos de las obras narrativas más notables, si bien por motivos diversos, de la literatura rusa contemporánea. Mientras por una parte el juvenil Leonov está estrechamente vinculado a la tradición, porque en las fuentes de ésta se han educado su espíritu y su arte, por otra, Gladkov, que no es ya un joven, no quiere saber de tradición y los dos temas que lo agitan y atormentan, el de la reorganización por el trabajo del obrero comunista y el de la nueva mujer sobre las ruinas de la antigua familia, los desarrolla con una rusticidad de estilo que tiene algo de elemental. Sin embargo, entre uno y otro no hay tanta distancia como podría creerse: el estudio de los problemas proletarios requiere ahora una mente de intelectual; y he aquí que surge el tipo, calificado por algunos de paradójico, del «intelectual proletario». Libedinsky, por ejemplo, autor de *Los comisarios*, su primera novela breve, que por intentar una sátira de los famosos abusos de los innumerables comisarios soviéticos produjo decepción y, más recientemente, autor de una considerable e interesante novela psicológica *La semana*, en la cual la guerra todavía está sujeta a un proceso de idealización romántica que no puede menos que chocar a quien la haya leído sin espíritu banderizo. La narración psicológica ha tenido y tiene aún otros representantes: Sobol, prematuramente desaparecido; Tarasov-Rodionov; Malaskin, imitador de Dostoiewsky; Ognief, que en *El diario de Kostia Riabcev* se propone mostrar cómo se desarrolla en las nuevas condiciones soviéticas la cri-

sálida del hombre moderno, cómo florece la nueva juventud destinada a formar los cuadros de «los constructores de la nueva ruta» y, finalmente, Jakovlev, Kataev y Lidin. Nos alejamos así cada vez más de la representación realista de la revolución; no porque se haya debilitado el deseo de escrutar a fondo las causas de la gran revuelta o de evocar sus terribles manifestaciones; sino porque lo que ha nacido de esos horrores, y las consecuencias ciertas de aquella causa son más intensas, es la vida de hoy: la revolución entra ya en la historia. Este pasaje está comprendido en la literatura: con la revolución también otros movimientos de la historia rusa, más o menos ligados a ella, seducen a los escritores y aparece así la novela *Stienka Razin*, de Chapiguin, por una parte y la tentativa de hacer entrar nuevamente la revolución en el ciclo épico de la historia rusa moderna, como en *Rus* (Rusia), la epopeya de Panteleimon Romanov. También el realismo de la crónica novelesca tiene un especial colorido idealista, pero el idealismo precipita a menudo en lo tendencioso y provoca reservas y protestas.

A una especie de rebelión hay que atribuir la corriente de los más jóvenes, agrupada alrededor del Almanaque «Pereval». La palabra «Pereval» no tiene equivalente exacto en nuestro idioma: indica la acción de pasar de una a otra parte, de una a otra vertiente... Los escritores que componen este grupo llamado «perevaltzi» han publicado y publican sus escritos en periódicos comunistas como «Okiabr», «Molodaia Gvardiza», «Krasnaia Niva» y hasta en el órgano de los *poputchiki*: «Krasnaia Nev»; pero tienen, como ya se ha dicho, su órgano propio, el Almanaque «Pereval». La característica relevante de este nuevo movimiento no es, como en todos o casi todos los de carácter literario, la afirmación de un cierto número de principios que se deben seguir y desarrollar, sino el ansia de buscarse a sí mismo y de hallar los principios a que adherir, desterrando todo lo que ha sido y que por eso no tiene ya razón de ser. En una atmósfera como la de la actual literatura rusa en la que, según la expresión de un crítico ruso, Voronsky, «el problema de cómo y qué escribir no solamente carece de solución, sino que ni siquiera ha sido planteado como se debe», el fervor de estos jóvenes puede ser útil, pero también resulta peligroso manteniendo aquel estado de permanente controversia que perturba la obra creadora.

La extraordinaria efervescencia de las distintas corrientes, de las tentativas, de las rebuscas permanece activa a pesar de las oposiciones y limitaciones políticas, y la nueva literatura se

desenvuelve en parte vinculada a la tradición y al pasado, en parte mirando ardientemente hacia lo porvenir.—HÉCTOR LO GATTO.

(Del interesante libro «*Literatura Soviética*», del eminente profesor italiano Ettore Lo Gatto).

Traducción de Atilio E. Torrassa, Enrique del Castillo y Rodolfo A. Bardelli.

PIO BAROJA Y EL CICLO «LA SELVA OSCURA»

ES Baroja el primer novelista contemporáneo que ha hecho entrar en la ficción novelesca los sucesos que motivaron la caída del régimen monárquico y el advenimiento de la República española.

Ensayos y discursos, estudios sociológicos o políticos han dilucidado numerosos aspectos de la abdicación del Alfonso XIII y el nacimiento de un sistema de gobierno, para el cual no se creía a España preparada. La historia, por lo menos, no ha dado argumentos para suponer que, de improviso, la tradicional Castilla abandona la reyecía y éntrese con éxito en una era nueva, diametralmente opuesta, por la organización y la ideología, al concepto que los españoles tenían de un sistema de gobierno.

Sin embargo, para un agudo viajero ruso, Elías Eremburg, la república española, salvo el presidente y las cámaras, elegidas por un tiempo determinado, a la manera de las repúblicas burguesas, en nada se diferencia de la monarquía. España no ha hecho otra cosa que cambiar los entorchados palaciegos por la americana de calle, más cómoda y más barata.

«Esta tierra, dice, se aferra a su verdad sobre el valor del hombre y de la única libertad que conservó a lo largo de los siglos: la libertad de poder respirar».

«¿Cuándo España, continúa, así como se deshizo del ornato de la monarquía, podrá deshacerse del ornato dudoso de los abogados de Madrid y de los agentes de la Bolsa de Barcelona?»

Unos de los méritos de Baroja consiste en esta vibración de actualidad que ha puesto en la mayoría de sus novelas. En las «Memorias de un hombre de acción», Aviraneta no es sólo un guerrillero más o menos pintoresco, sino un hombre superior a su medio, inquieto y europeizado, no a la manera de Larra